

El atardecer, el amor y el rito

GABRIEL QUESADA MORA

*A Iván, mi hermano, con gratitud
por su amistad, ayuda y confianza.*

“El amor da sentido al rito, el rito, fortalece al amor
pues pone al corazón en situación para el amor, lo
prepara y esa preparación es ya fortalecimiento
del amor.”

CARLOS FREILE¹

El martes siete de febrero de mil novecientos ochenta y nueve, Gonzalo Vílchez Dardón bajaba con paso lento y seguro la cuesta pedregosa de Los Pinos. Detrás de su espalda se extendía el ámbito oscuro del silencio de los muertos, delante suyo se abría el mundo bullicioso de los vivos.

Al llegar al mercado, como siempre, con la fuerza de una costumbre alimentada por los años, se dirigió a la tienda de don José, el zurdo, para comprar lo acostumbrado en esas tardes: dos hojas de papel, un sobre y una cajetilla de cigarros Derby. Al entrar, sin admirarse ni un poco, y antes de saludar, Gonzalo dirigió la mirada al otro extremo del malgastado mostrador: ahí estaba su paquete esperándolo.

—¿Cómo has estado esta semana? —preguntó Gonzalo al tiempo que estrechaba la mano de su viejo amigo.

—Ahí vamos, entre brincos y saltos vamos pasando —dijo José con gesto de estar disfrutando de una victoria cotidiana.

—Me alegra —continuó Gonzalo. —¿La familia? ¿Cómo sigue Adelita del mal en su pierna?

—Estamos bien gracias a Dios —contestó José— Adelita, reposando, no le queda otra. Pero vieras vos lo mucho que está disfrutando los libros que le enviaste la última vez, se pasa leyendo todo el día, y en las noches después de comer se pone a contarnos una que otra de las historias que ha encontrado en los libros.

—¡Qué bueno!, así deberían ser todos los niños. Decíle a Adelita que el domingo después de la misa de ocho voy a visitarla, por ahí tengo otros libros que le pueden hacer mucho bien y de paso mitigar un poco el fastidio de su obligado reposo.

Al consultar su reloj, Gonzalo advirtió que la manecilla menor ya casi llegaba al umbral de la séptima fracción. Se le hacía tarde. Sacó entonces de su vieja aunque todavía elegante billetera un billete de cien colones un tanto arrugado y de la bolsa derecha del pantalón sacó una moneda de diez colones. Extendiendo su mano se los dio a José; éste únicamente tomó el billete que depositó en la destartada caja de madera que contenía todo el numerario. Gonzalo sonrió complacido.

—Ya sabés —le dijo José mientras lo miraba fijamente— que el condenado vicio sí te lo cobro, pero sabés que las hojas y el sobre corren por cuenta de *La Victoria*, no me quites el gusto de la complicidad en un acto tan simple como profundo.

Gonzalo lo abrazó y salió presuroso hacia la casa de la anciana Carmen que estaba a no menos de cinco minutos de camino. En el trayecto, Gonzalo pensó en las últimas palabras de su amigo. Él sabía que José era uno de esos raros casos en los que la imagen y el contenido no se ajustaban. Pocos en el pueblo podían adivinar que el sencillo José Valverde además de modesto comerciante, poseía hondura de pensamiento, no producto de largas noches de libros y estudios sesudos, sino de una capacidad extraordinaria de observación, de asombro constante ante los milagros y las circunstancias cotidianas de la vida, y de la virtud cada vez más rara en este mundo de saber escuchar a las personas.

Unos minutos después de que Gonzalo salió de la pulpería apareció el joven Mario, hijo de un amigo de don José. Él había llegado hacía cuatro días a Barbacoas, venía de Paso Ancho a pasar un par de días en la casa de José, necesitaba terminar de completar la serie de fotografías para una exposición que tenía para mediados de marzo.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó don José mientras hacía unas cuentas.

—Creo que ya tengo la fotografía que hacía tiempo estaba buscando —dijo Mario con aire solemne y decidido—. Es tan diferente, tan única. Eso no significa —se apresuró a aclarar el joven— que las fotografías que tomé el viernes pasado desde el coro del viejo templo, tratando de capturar el rayo de luz que se precipitaba desde el vitral que está encima de la imagen del Cristo crucificado no sean buenas, ni tampoco que las que tomé ayer desde el Alto del Cementerio en el instante en que el sol se hundía en el horizonte por el mar más allá del Golfo de Nicoya, no crea que no son buenas, pero... esta que tomé hace tan sólo unos minutos, es tan, tan... no sé cómo expresarlo —acabó por decir Mario tratando inútilmente de buscar la palabra correcta—.

—Tan humana...—expresó José con voz suave y segura—.

—¡Sí... sí, eso! —confirmó con asombro el joven estudiante- humana... humana.

—Explicame entonces —le dijo don José emocionado mientras sacaba del congelador un par de refrescos para escuchar las razones de Mario—, ya sabés que no entiendo ni una pizca de cámaras, de fotos, de negativos, pero me interesa porque para vos es importante.

—Tiene que ver con ese hombre que hace un instante salió de aquí mismo, el de sombrero negro. Yo estaba por el campo más allá del cementerio

caminando tranquilamente, capturando allí un pájaro bobo que sin ningún problema me dejó hacer un acercamiento buenísimo, allá un pájaro carpintero que con su copete rojo e insistente pico ya se abría paso entre las entrañas de un viejo árbol que mostraba sin vergüenza la decadencia del tiempo en sus ramas. Eran como las cinco y media, ya venía de regreso cuando vi que un hombre se acercaba en dirección contraria, observé que estaba fumando y que en la mano izquierda llevaba un par de flores amarillas. Cuando estuvimos a unos tres pasos uno de otro, él me dijo “buenas tardes”, yo respondí al saludo repitiendo lo mismo. Seguí caminando durante unos diez segundos pensando en el detalle de las flores amarillas que llevaba con gran cuidado ese señor. En un instante no sé qué fuerza me movió a dirigir la mirada hacía atrás. Entonces lo vi: la figura de ese hombre vestido de negro que avanzaba lentamente por la mitad de la calle, la luz tibia del sol que le pegaba en el cuerpo, esos rayos de luz que se escapaban por el movimiento de sus brazos y piernas le daban un aspecto distinto. El cementerio insinuado vagamente por una mancha blanca a la izquierda, y aunque no claramente en la imagen, el sol más allá de todo, del mar, de las montañas, del cementerio, del hombre y de mí. Convencido de que ese era el momento, ajusté el lente de la cámara, encuadré la imagen lo mejor que pude y tomé la fotografía. Cuando aparté la cámara, mis ojos siguieron al hombre hasta que éste abrió el portón azul del cementerio y se perdió entre las bóvedas. Quise seguirlo para conversar con él, pero no pude, en el instante en que me dirigía hacia el cementerio me asaltó una extraña sensación de culpa, como si mis pasos estuvieran traspasando los límites de un no sé qué sagrado que tenía que ver con ese hombre.

Al terminar su relato, Mario le preguntó quién era ese hombre. Él estaba determinado a saber más sobre esa persona de la que ignoraba completamente todo, bueno casi todo, pues él tenía la certeza de que en la vida de ese hombre lo que él había logrado capturar con su cámara esa misma tarde era, de algún modo, categóricamente esencial.

—Ya es hora de cerrar *La Victoria* —dijo don José poniéndose de pie para cerrar la gran ventana que estaba de frente al mostrador—, vamos a la casa y ya con un buen roncito y menos frío te contaré un poco sobre la vida de ese hombre.

Eran pasadas las siete. Gonzalo se encontraba frente al jardín que anteceda el dominio de la pequeña casa de la anciana Carmen. Nunca hacía falta llamar para avisar su llegada. Carmen siempre lo esperaba en la mecedora verde que hacía años había echado raíces en el rincón derecho del corredor, frente a unos grandes helechos que ya reclamaban un poco más agua y menos viento.

—Buenas noches —dijo Gonzalo mientras se quitaba el sombrero negro—.

—Buenas noches —respondió Carmen con voz suave y temblorosa—.

—¿Cómo está usted? —preguntó Gonzalo al tiempo que se limpiaba sus zapatos sobre una vieja alfombra que estaba en el corredor.

—Aquí cada vez más vieja —respondió Carmen—, un poco más inclinada hacia la tierra que la última vez. Mientras usted, mírese, siempre igual de elegante, yo diría que cada vez más joven, más vivo.

Gonzalo guardaba silencio, pero esas palabras le importaban mucho: para él eran un signo de la convicción que lo tenía con los pies sobre la tierra, con los ojos y oídos abiertos, con las manos ocupadas en el oficio, en definitiva, esas palabras le recordaban su posición categórica ante la vida: vertical, siempre vertical y hacia adelante.

Aquella visita era para Carmen un instante fundamental. Durante casi una hora dictaba a Gonzalo la carta que al día siguiente enviaba por correo a su hijo Óscar, que se encontraba desde hacía más de cinco años en la URSS realizando estudios universitarios. No era que Carmen no supiera leer o escribir, era que, poco después de que su hijo se fue, empezó a experimentar un ligero temblor en la mano derecha: el Parkinson de la edad avanzada. Las cartas que escribió al principio se fueron volviendo cada vez más cortas, cada vez más ilegibles por las letras que ya no eran letras, por párrafos ya no de palabras sino de signos amontonados e indescifrables desperdigados por la tormenta de la impotencia y la angustia en los límites de las hojas. Carmen sabía que no podía seguir así, que de algún modo debía ingeniárselas para seguir comunicándose con su hijo.

Fue en una tarde hacía más de cuatro años, cuando ella estaba siendo consumida por la angustia de no saber nada de su hijo, que de improvisto apareció Gonzalo en el jardín de su casa, llamándola tranquilamente al tiempo que admiraba la gama de flores, de colores, de formas y de texturas de aquel oasis de vida y belleza. Él venía a dejar una carta que por error le habían enviado un par de días atrás a su casa junto con las que él habitualmente recibía. Carmen la tomó inmediatamente, sabía que era la carta de su hijo al observar el sello postal y el trío de estampillas –de fondo rojo sobre el cual había un rostro enérgico de un hombre que ya parecía salirse del ámbito de la imagen para dirigir la última revolución de la humanidad–, igual que las anteriores y además porque ya había pasado el tiempo estimado de espera razonable. Leyéndola con prisa, Carmen no pudo contener la emoción de saber que su hijo se encontraba bien. Supo que él estaba muy preocupado por las últimas cartas ilegibles que había recibido de su parte. En aquel momento entre la alegría y la congoja de no poder responder a la preocupación de su hijo, Carmen se acercó a Gonzalo y le pidió que por favor le ayudara a transcribir las cartas para su hijo. Él comprendió al instante la gran tristeza en que sumiría a la pobre señora si no accedía a su súplica y aceptó sin titubeos. Sin embargo, Carmen no tenía en ese momento hoja alguna, ni tampoco un sobre para poder enviar al día siguiente la carta, esa carta que ya estaba siendo esperada al otro lado del mundo por un hombre que en ese momento consumía un poco de vodka con la esperanza de calentar, aunque fuera un poco, su cuerpo, antes de salir a la calle y enfrentar los látigos del viento y el frío. Gonzalo advirtió el inconveniente y sonriendo sacó de su saco dos hojas blancas cuidadosamente dobladas. —Las ideas con frecuencia surgen de improvisto y nada mejor que tener siempre a mano un par de hojas y una pluma –acertó a decir Gonzalo mientras ponía las hojas sobre la mesa—. Carmen que no encontraba la manera de agradecerle lo abrazó muy fuerte. Desde ese día quedó entonces establecido en la vida de

Gonzalo y de Carmen ese encuentro mensual para transformar juntos ese papel sin vida y sin destino, en una carta desbordada de sentido, de palabras vivas, de lágrimas, de sonrisas, en fin, una carta con impronta humana.

—Gracias de nuevo por venir —dijo Carmen con gesto agradecido mientras se cubría la cabeza con su velo negro añejado por los años, oscurecido por las penas y cada vez más pesado por el terrible olvido.

—Ya sabe usted que no es nada —respondió Gonzalo mientras cerraba la puerta y colgaba en un viejo clavo incrustado en la pared de madera su saco negro, que era tan oscuro como esa noche de luna ausente.

—Voy a poner el agua para el café.

—Buena idea —dijo él mientras sacaba del gran mueble de la sala una vieja máquina de escribir Remington del año cincuenta, que era uno de los tantos vestigios en esa casa, del trabajo de toda una vida como inspector de salud que tuvo César Quirós, el difunto esposo de Carmen.

Ya sentados a la mesa que ocupaba el centro de la sala, Gonzalo con diligencia insertó la primera hoja de papel en la máquina, mientras Carmen rebuscaba en su memoria todo aquello que durante el último mes había sido trascendental en su vida. Empezó relatando las peripecias que hacía como veinte días había tenido que pasar para que la atendieran en la clínica de Santiago, porque había olvidado el carné en algún lugar de la casa y a la hora de la inscripción, como no encontraba el bendito carné no la querían anotar para ser atendida. Relató además de cómo tuvo que pagarle a un chiquillo veinte colones para que tomara el bus a Barbacoas y buscara en el mercado a doña Cristina Guevara y le avisara de los inconvenientes que ella estaba pasando, y de cómo su amiga llegó al cabo de un rato en un taxi y la pudo ayudar, gracias a que la enfermera de turno era amiga suya y entonces le hizo el favor de poner en la lista del día su expediente médico. Luego dio cuenta a su hijo de lo contenta que estaba porque la prima Antonieta le había mandado una carta diciéndole que a finales de febrero iba a visitarla y que iba a llevarle muchas de esas cajetas de coco que a ella tanto le gustan y también una imagen de la *Negrta* que su hermano Marco había tallado en madera. Otro de los sucesos que la memoria de Carmen pudo rescatar fue el inesperado suicidio de Daniel Artavia, el hijo de don Julián el ganadero, cuyo cuerpo apareció en el cauce del río Aurora con un disparo en la cabeza. Informó a su hijo de cómo muchos en Barbacoas estaban convencidos de que el muchacho no tenía motivo alguno para hacer lo que hizo ya que tenía una familia ejemplar y acomodada, una novia que lo quería y muchos amigos que lo visitaban. Por último, enteró a su hijo del cambio de cura, que estaba un poco triste porque el padre Guillermo Mata, el mismo que le había dado la primera comunión a él, después de estar diez años en el pueblo se iba para la ciudad, pues el obispo lo había nombrado Vicario General de la diócesis. Ya la memoria de Carmen no daba más y, como en las anteriores cartas, se despidió muy cariñosamente de su hijo, pidiéndole con urgencia que respondiera lo antes posible, y recordándole de nuevo que ella estaba ahí siempre rezando por él, y que no se moriría hasta no verlo otra vez ahí en su propia casa.

Eran casi las ocho de la noche. Don José y Mario acababan de cenar y estaban terminando de ver el noticiero nocturno. Esperando el momento para retomar la conversación José se dirigió a su cuarto, sin prender la luz –para no despertar a su esposa María–, sacó silenciosamente de un viejo armario una botella de *Flor de Caña*, siete años, con suficiente cantidad para mantener una tertulia.

—Entonces ya conociste a Gonzalo Vílchez –dijo José mientras ponía la botella en la mesa y buscaba un par de vasos y un poco de hielo–.

—Gonzalo Vílchez –repitió suavemente Mario sentándose de frente al lugar que siempre ocupaba don José en la mesa. — ¿Es extranjero? No parece ser de estos lugares.

—Todo a su tiempo, ya vas a darte cuenta –apuntó don José mientras abría la botella y dejaba caer en cada vaso un generoso torrente de ron que chocaba violentamente con el hielo y dejaba en las paredes del vaso gotas que ya se precipitaban hacia el fondo donde se volvían a unir por un instante. Mientras, Mario guardaba silencio, seguía con su mirada el camino descendente de una gota que ya parecía desafiar la ley de la gravedad. Pensó entonces para sí: “como algunas personas, esta gota ya parece tener miedo a unirse, a encontrarse...”

— ¿Qué pensás tanto?

—Nada, nada... tonterías.

—Bueno, si no me querés decir, no importa. Ahora escuchá con atención lo que voy a contarte.

—Sí, claro –dijo Mario inquieto. —Ahora soy todo oídos, usted hable, que yo lo escucho complacido.

—Yo tenía veinticinco años cuando conocí a Gonzalo Vílchez y a su esposa Helena Rodríguez. Lo recuerdo bien porque llegaron a Barbacoas una semana después de que monté el negocio de la pulpería. Venían en un carro de carga lleno con sillas, un par de mesas, una redonda, otra rectangular y un montón de sacos quién sabe con qué cientos de cosas dentro. Él se bajó del carro, entró a la pulpería, me saludó y compró una cajetilla de cigarros y otras cosas.

Gonzalo venía en ese entonces como el nuevo profesor de Estudios Sociales en el Liceo de Puriscal. Ellos habían comprado la casa de Alfredo Jiménez, un viejo avaro y solo que cuando murió sin hijos y sin esposa, heredó a un sobrino, a quien sólo había visto una vez cuando era pequeño. Éste se apresuró a vender la casa y en ese momento aparecieron Gonzalo y su esposa. Es la casa que está enfrente de la oficina de correos, esa que tiene un gran corredor y, al lado, un jardín grandísimo. Recuerdo bien todo esto porque además fue pocos días antes de las elecciones del año cincuenta y tres, esas primeras que ganó el partido de don Pepe Figueres. Bueno, ya me estoy desviando un poco, pero tranquilo que ya voy al grano del asunto –dijo don José al tiempo que volvía a llenar los vasos con ron añejo–.

—Siga don José, siga con el paso que mejor le parezca, que tiempo tenemos y las ganas de saber más no amenguan.

—Durante más de veinticinco años Gonzalo fue profesor. Por su aula, la número seis del primer pabellón, pasaron cientos de estudiantes. Todos hablaban

siempre de las clases tan particulares que impartía Gonzalo. Cuentan que además de historia y geografía, su clase incluía temas de literatura, teología y hasta de filosofía. Antes de finalizar las lecciones, dicen algunos de sus alumnos que dejaba de lado el cronograma del temario y declamaba un poema con voz enérgica, leía un cuento corto, o alguna frase de algún libro. Así hizo que entre los pasillos del colegio y el corazón de no pocos estudiantes sonaran nombres como Antonio Machado, Federico García Lorca, Rubén Darío, Carmen Lyra, Magón, Carlos Luis Fallas, Saint-Exupéry, Cortázar, Poe, Gabriela Mistral, Neruda y Borges... —y los recuerdo y los pronuncio bien porque Gonzalo una vez me dijo sobre este asunto que: “llamar a las personas por su nombre es reconocer su identidad, es aceptar la existencia de otra realidad distinta a la nuestra. Decir un nombre es aceptar que no estamos solos, es abrir una puerta a otra vida”. —Como te decía —continuó don José—, él logró que estos nombres ya no fueran palabras sin sentido, letras vacías, sino que logró que estos nombres y tantos otros significaran algo importante en el ambiente colegial.

La noche se fue haciendo más fría. Los últimos vientos del norte revolvían todo a su paso: el polvo, las hojas y los sueños. A lo lejos se escuchaban ladrar los perros del gringo solitario que había comprado hacía poco una quinta, cuya entrada principal estaba a unos cien metros de la casa de Carmen.

La carta estaba terminada, la angustia de Carmen se apaciguaba por un mes más y la conciencia de Gonzalo en paz. Él se despidió, estaba ya cansado y tenía que dormir bien porque al día siguiente había quedado en ir temprano al vivero *El Edén*, en Santiago, para escoger las plantas que sembraría ese verano para que en las fiestas de San Isidro Labrador, las jardineras del templo estuvieran llenas de vida, de color y de belleza.

—La vida de Gonzalo en esa época —continuó diciendo don José— poco más o menos era de esta manera: de lunes a viernes de siete de la mañana a cuatro y media de la tarde daba sus clases. En la hora de almuerzo siempre iba a la soda de doña Amparo Jiménez: *La Gardenia*, que antes estaba al costado sur de la Iglesia de Santiago, almorzaba allí porque no le daba tiempo para venir hasta su casa. Me contó una vez Enrique Torres —que en esa época daba las clases de música en el colegio— que Gonzalo nunca almorzaba solo, que siempre buscaba compañía, él piensa que era porque se sentía muy solo. Pero te aseguro que no era por sentirse solo que buscaba compañía, sino que él lo hacía porque ese acto tan sencillo de compartir el momento de la comida con otras personas era y es para él un instante que le recuerda que es un ser hecho para vivir, para convivir en relación con otras personas. Y también te lo digo así porque eso fue lo que él me dijo hace unos cuantos años cuando le pregunté eso mismo; más o menos sus palabras fueron: “querer comer solo teniendo la oportunidad de compartir ese momento con otras personas, es en cierta manera morir un poco, es negar una parte fundamental de lo que nos constituye como personas: el ser humano ha sido hecho para vivir en comunidad, para compartir, para crecer junto con otras personas y nunca solo, apartado como un extraño. La hora de la comida nos muestra una gran verdad: que somos seres que necesitamos, que no somos autosuficientes, que nuestra vida también depende del ánimo y

la entrega de esas manos anónimas que preparan la tierra, que siembran la semilla y recogen la cosecha”.

—Nunca lo había observado de esa manera —interrumpió Mario.

—Yo tampoco hasta ese día. Y te aseguro muchacho que son pocos los que se detienen a pensar, aunque sea un momento de esta manera, son pocos los que llenan de un significado valioso un quehacer tan cotidiano.

—Continúe por favor —dijo Mario mientras se acomodaba un poco mejor—.

—Después de salir de clase, se le encontraba siempre en *La Gardenia*. Ahí se quedaba casi una hora con los estudiantes. Un par de ocasiones cuando mi esposa atendía la pulpería en las tardes para que yo pudiera ir a hacer unos cuantos mandados a Santiago, aprovechaba y me daba una escapadita a *La Gardenia*, ahí terminaba asistiendo a ese peculiar encuentro con Gonzalo y los estudiantes. Y me di cuenta de que Gonzalo siempre hablaba poco y escuchaba mucho; ante los estudiantes nunca fue el profesor sabelotodo que tenía la última palabra, era más como un amigo que tendía la mano y escuchaba atento. En una ocasión nos vinimos juntos; cuando ya estábamos solos y como adivinando mi pregunta me dijo: “El que habla mucho con frecuencia se acostumbra a su propia voz y ya no escucha la de los otros. Cuanto te callás para escuchar al otro aprendés mucho: descubris que hay otros mundos además del tuyo, comprendés que cada persona es de cierta manera un universo particular, único e irrepetible de sueños, de penas y alegrías entretnejidas de la manera más intrincada. Cuando escuchás, tu silencio es fecundo, porque le decís al otro: para mí sos importante, hablá. Y estos jóvenes más que una clase fría de historia, de matemáticas o ciencias, están deseosos de ser escuchados, quieren dejar de ser fantasmas en el mundo de nosotros los adultos”. Seguimos caminando en silencio, dentro de mí iba creciendo aún más la admiración y el respeto por Gonzalo, hombre para muchos aquí nada extraordinario, para muchos adultos una persona común y corriente; pero te aseguro, Mario, que esa simplicidad es parte de su grandeza.

No te he contado todavía nada sobre la esposa y la hija de Gonzalo. La señora Helena era una mujer alta, de piel blanca, con una cabellera negra y abundante. Su cortesía, hermosura y humildad hacían de ella una persona a la que daba gusto tratar. Al llegar, poco tiempo después, consiguió el puesto de telegrafista cuando abrieron la oficina de correos ahí mismo, al frente de su casa. Ella se preocupaba en extremo para que cada telegrama llegara lo más rápido a sus destinatarios. Su oficio le permitió saber mucho sobre las alegrías y los problemas del pueblo, por sus oídos pasaban los mensajes de los nombramientos de los empleados del gobierno, principalmente de los maestros y profesores. Escribió los telegramas que avisaban del atraso de muchos padres e hijos, de la suerte de los pobres hombres que por estar desheredados del destino se fueron para el Sur, a Golfito a buscar fortuna, y encontraron un infierno de verde soledad, con lluvias tan eternas como sus penas y una muerte de perros. Ella supo lo que era escribir el telegrama que anunciaba la muerte de muchas personas del pueblo, de los que murieron de viejos, o mordidos por las serpientes, los macheteados de los turnos que si no se morían en el

acto, fallecían desangrados camino al hospital, de los niños o sus madres que morían en el parto o pocos días después, “esas muertes –la escuché decir en una ocasión– son las más difíciles de transcribir porque cada letra es como una puñalada al corazón mismo de la familia”.

—Y ¿la hija de Gonzalo? –preguntó Mario con la mano derecha sobre la mesa sosteniendo su barbilla–.

—Si no me salen mal las cuentas, fue en el cincuenta y cinco cuando nació la niña, Amanda: heredó la belleza y la inteligencia de su madre, y de su padre también su inteligencia, la capacidad de escuchar y aconsejar. Nació unos meses antes que mi hija Consuelo, la mamá de Adelita. Ellas se hicieron muy amigas, estuvieron juntas en la escuela. Ya me parece escucharlas ahí en el corredor jugando con las muñecas de trapo, de esas que tenían los cabellos de colores y una bonita sonrisa. La niña Amanda fue creciendo como una bella flor que, cultivada con amor, paciencia y disciplina fue mostrando ya muy temprano los frutos de la dedicación de sus padres. En la escuela era muy buena en todo, principalmente en las matemáticas, según me contó Consuelo. Como toda jovencita, llegó a experimentar junto con mi hija esa etapa maravillosa pero no pocas veces confusa, llena de preguntas, de dudas, de encuentros y desencuentros que es la juventud. Una vez llegó llorando a la casa buscando a mi hija, las dos se encerraron en el cuarto como dos horas, mi esposa me dijo “son cosas de mujeres, vos dejalas que ocupan estar solas, y si lloran no te alarmes que llorar hace descansar las penas del corazón”. Y te digo, Mario, que con los años he aprendido que esto último que me dijo en esa ocasión mi mujer también aplica para nosotros, aunque a algunos no les guste.

—Sí, es verdad, algunos como mi padre –intervino Mario–, él es muy bueno, pero tiene eso de que cree que llorar es cuestión de mujeres y de hombres débiles, y le digo, don José, que yo he tenido que aguantarme un par de veces de llorar frente a mi padre.

—Te comprendo, y te digo que es difícil quitarse esa idea de la cabeza, yo era como tu tata en ese sentido, pero gracias a mi esposa he podido quitarme esa idea.

—No lo interrumpo más, siga por favor, siga –dijo el joven mientras se acomodaba un poco mejor en el respaldo de la silla–.

—Conforme fue creciendo y puliendo cada día más sus virtudes, Amanda devino en toda una dama: inteligente, hermosa, elegante y humilde como su madre. En el último año de colegio al igual que unos pocos hizo los exámenes para entrar a la universidad, los aprobó con éxito y se fue a vivir a San Pedro donde una tía suya, creo que la hermana mayor de su madre. Estudió enfermería porque quería colaborar un poco para devolverles a los pacientes la riqueza de ese reencuentro con la vida, con la familia, con lo que es realmente importante.

En la tarde del jueves quince de marzo del setenta y nueve, Gonzalo estaba en sus clases habituales. Helena se había pensionado recientemente antes de la edad reglamentaria, por el cierre definitivo del servicio de telégrafos; el servicio telefónico era más eficiente. Viéndose con tiempo de sobra, decidió pasar unos

días con su hija y su hermana. Esa semana había quedado de regresar el viernes. Sin embargo, Amanda quería ver a su padre; no lo veía desde hacía más de mes y medio por la práctica de verano en el Hospital San Juan de Dios. Ese jueves, ella terminó su último turno de la práctica a las seis de la tarde, quedó con su madre de verse en la Terminal de buses de Santiago y así pasar el fin de semana con ellos. Helena llamó al colegio para que le avisaran a Gonzalo de su cambio de planes. El último bus de Santiago a Barbacoas había salido a las seis y media de la tarde, de modo que tomaron un taxi hasta su casa. Gonzalo las esperaba. Eran pasadas las siete de la noche. Yo estaba cerrando la pulpería cuando observé que la patrulla de la policía se detuvo al frente la casa de Gonzalo. Caminé en la misma dirección para ver si todo estaba bien. Vi que uno de los hombres abrazó a Gonzalo; era Braulio el jefe de la policía y amigo suyo. Entonces tuve la certeza de una tragedia... El taxi en el que venían Helena y Amanda chocó de frente con un camión ganadero que hizo un falso adelantamiento en la cuesta del Zacatal; ellas y el conductor murieron en el acto.

— ¡Qué pena más honda para Gonzalo! —interrumpió Mario con tristeza—.

—Sí, no dudés de que fue muy fuerte para Gonzalo, pero lo importante es que por más muerte que le llegó a su vida, así de improviso, él ha logrado mantener un equilibrio vital que lo sostiene. No se ha apartado de nadie y sigue haciendo las mismas actividades que antes, y aun otras nuevas. Desde ese día él tiene la costumbre de hacer lo que viste hoy mismo: el sétimo día de cada mes sube religiosamente al cementerio entre las cinco y media y las seis y media, vestido de traje entero y sombrero, todo de negro, con un par de flores en su mano y no sé qué escrito en un pedacito de papel.

—¡Qué extraño! —dijo Mario—. ¿Por qué el día siete y no el día quince?

—Eso lo ignoro —dijo don José— y tampoco se lo voy a preguntar nunca, él tendrá sus razones, sólo te puedo decir que deben ser muy profundas, sí, muy profundas, como la vida misma...

—¡Entonces lleva ya casi diez años...! —comentó el joven con admiración.

—Sin faltar ni una sola vez, de eso soy testigo —continuó don José—. Al principio algunos curiosos del pueblo al notar la costumbre de Gonzalo lo esperaban en el cementerio antes de que él llegara. Yo mismo fui una sola vez y esto fue lo que vi: él estaba sentado en el suelo al frente de las dos cruces que señalaban el lugar de las tumbas, en cada una había puesto una flor. En silencio contempló el sol hundirse a lo lejos. Luego sacó un pequeño papel, lo leyó en voz baja, al terminar sacó su encendedor y lo quemó cuidadosamente. Esperó de nuevo un momento con la mirada fija en la ya vaga insinuación del sol. Se levantó, se puso de nuevo el sombrero y empezó a caminar lentamente hacia nosotros. “Buenas noches señores, espero que hayan tenido un día tan bueno como el mío”, nos dijo con una sonrisa. Y sin esperar más, tomó el camino de regreso.

Entre los que estábamos esa vez, unos comentaban que estaba volviéndose loco, otros decían que eso era una señal de no haber superado lo sucedido. Al principio tuve mis dudas, pero con el tiempo comprendí que Gonzalo ni estaba

loco ni se sentía prisionero de un recuerdo negativo. Porque él seguía siendo esencialmente el mismo: continuó con su vida, con los ajeteos del colegio y con las tertulias en *La Gardenia*. Más adelante, formó un equipo de fútbol juvenil que entrenaba los miércoles por las noches y jugaba los sábados en las mañanas; luego lo tuvo que dejar por recomendación del doctor Valldeperas que le había advertido que su corazón estaba ya resintiendo esa combinación de cigarro y el exceso de esfuerzo físico que le demandaba el fútbol. Después y como lo hace hasta la fecha, es bibliotecario *ad honorem* en el mismo colegio. Está ahí todas las tardes entre semana. Por las mañanas, lo que viene haciendo desde hace como ocho años es cuidar más el jardín de su casa y el del templo que tiene unas jardineras muy grandes, ahí tiene de casi todo: orquídeas, helechos, rosas blancas, amarillas y rojas, cactus de varias especies, lirios, además de dalias, begonias y gladiolas y no sé cuántas plantas más. Los fines de semana a Gonzalo se le van en visitar a sus amigos, caminar hasta La Piedra de Siderio, Las Canoas, a Las Pailas o El Tablazo, en ir a misa los domingos en la mañana y, como él mismo me ha dicho, en reacomodar un poco sus libros y papeles sueltos. Esto es lo que te puedo contar de Gonzalo Vílchez Dardón, querido Mario.

Mirá, ya se nos ha hecho tarde; es mejor que durmamos un poco que mañana tenés que irte temprano, no sea que no llegués a tiempo a despedir a tu hermano. ¿A dónde es que va?

—A la Universidad de Göttingen, en Alemania —dijo Mario poniéndose de pie y estrechándole la mano—, el vuelo sale a las cuatro de la tarde, pero quedamos en que todos los de la familia vamos a almorzar juntos a las doce en punto.

—Está bien, muchacho. Ahora descansa que mañana Dios dirá. Buenas noches.

Cada uno se dirigió a su cuarto. En efecto, al día siguiente Mario tomó el primer autobús que salía hacia Santiago, allí esperó un tanto más para tomar el siguiente autobús directo a San José. En el viaje iba pensando en lo particular de su experiencia anterior en el pueblito de Barbacoas, ahí incrustado entre montañas, en don José y su familia y en Gonzalo Vílchez, todos ellos personas que en un pequeño instante sin darse o no cuenta habían enriquecido su vida.

Durante las siguientes semanas, Mario estuvo preparando todo el material para la exposición y concurso llamado *Fotografías de nuestra tierra y nuestra gente*, convocado por el Ministerio de Cultura. Era seis de marzo; para ese día Mario ya había revelado todas las fotografías y ahora estaba enmarcando y titulando cada una de ellas; cuando llegó a la fotografía de Gonzalo la miró y no supo cómo titularla, en esto estaba pensando cuando lo llamó Sofía para que la acompañara al Museo Nacional, donde iniciaban a las cuatro de la tarde, las funciones de teatro al aire libre que estaba organizando la Compañía de Teatro. Mario dejó la fotografía en su escritorio y se fue. Cuando regresó como a las ocho de la noche, de inmediato siguió con su trabajo; en esto estaba cuando su madre le dijo que tenía una llamada: era don José. —Gonzalo murió hace poco más de media hora —dijo con tristeza el viejo—, el maldito cigarro se lo llevó.

—Pero... Dios mío...—dijo Mario con voz temblorosa y entrecortada—.

—La misa es mañana a las cuatro de la tarde. Espero que podás venir.

—Ahí estaré sin falta, don José.

Mario se despidió y colgó el auricular. Estaba desconcertado. ¿Cómo así tan rápido se apaga la vida de una persona? ¿Por qué un ser entregado a los demás sucumbía a la muerte, primero que muchos otros que siempre vivían encerrados en sí mismos? —se preguntaba para sí mientras le comentaba a su madre lo sucedido.

El día siguiente, a media mañana, Mario encaminó de nuevo su vida hacia Barbacoas. Sólo se podía quedar ese día, porque la exposición empezaba en dos días. Los más cercanos al difunto habían decidido velarlo en la casa de don José, porque había más espacio y más sillas para los visitantes. Mario llegó a la una, don José lo recibió en la puerta con un abrazo; los que estaban presentes se sorprendieron, porque no comprendían qué relación había entre el joven, que hacía un mes andaba de lado a lado por el pueblo tomando fotografías, y el difunto. Ninguno de ellos sabía que bastó sólo un instante, un clic de cámara y un silencio para relacionar esas dos vidas.

Mario se acercó al ataúd y vio que Gonzalo estaba vestido como la única vez que él lo había visto: con su traje entero negro y con su singular sombrero. Ahora le parecía extraño, porque en su memoria estaba guardada la imagen de aquel día, la de un hombre vertical caminando hacia adelante, hacia el atardecer y ahora él estaba allí mirando el mismo cuerpo, pero esta vez horizontal, disminuido por el abrazo de la muerte.

—Cuando murió —se acercó diciéndole don José—, fui a su casa con mi esposa a buscar la ropa de su talla y cuando entramos a su cuarto allí estaba sobre una mesa: el traje entero, el sombrero y los zapatos negros, ya todo listo para el ascenso habitual de su vida.

Las tres horas que restaban del velorio se fueron tan rápido entre el ir y venir de la gente en la casa, entre las conversaciones estimuladas por el calor y la espera; unos hablaban del último clásico de fútbol y la polémica del penal que dio la victoria a los morados; otros, de lo dañino del viento de las últimas noches tan fuerte que estaba quebrando las matas de tabaco y las talanqueras²; otros conversaban sobre la vida del difunto y, en un rincón, dos ancianas con su velo negro recordaban el accidente de la cuesta, lo buena que era doña Helena y lo hermosa que era su hija.

Eran las cuatro. Isidra Victoria y Roberta María, las campanas del templo, anunciaron a todo Barbacoas que la misa ya daba inicio. Una larga alfombra gris se extendía por la mitad de la nave central. Al final, el ataúd oscuro frente al altar. El padre Francisco, vestido con casulla blanca, habló durante la homilía de la resurrección y la vida eterna junto al Padre, de lo corruptible del cuerpo y la inmortalidad de las almas, de lo difícil que era para muchas personas encontrar algún sentido al sufrimiento y, en definitiva, a la muerte. Recordó que morir es un paso en el camino del cristiano, un paso decisivo que ha de ser dado con fe, porque sólo así se puede vivir la hondura de ese misterio.

El humo del incienso, al final de la liturgia, formó una espesa nube que se extendió entre los asistentes y luego subió lentamente a perfumar la madera del cielorraso, madera añejada por el tiempo, nacida de árboles grandes y fuertes que medio siglo atrás tenían sus raíces hundidas en la montaña. A la salida del templo, el ataúd estaba listo para ser llevado en los hombros de hombres que habían estado hacía mucho tiempo en una clase en la que recibían algo más que historia. Algunos de ellos habían llegado una hora tarde a sus casas, mientras eran escuchados en una tertulia de café. Otros habían recibido alguna vez un consejo y un buen libro. Ellos eran los que ahora, con sus fuerzas, iban a llevar el cuerpo de Gonzalo hasta el cementerio.

—Esperen un momento, —dijo apresuradamente don José, mientras sacaba su cuchilla y cortaba una rosa blanca que estaba en la jardinera del lado derecho—, la flor, para él es importante como hace un mes, como hace diez años —terminó diciendo, al tiempo que abría la parte superior del ataúd y acomodaba la flor entre las manos y el pecho inertes de su amigo—.

A las cinco y quince ya subían la cuesta del cementerio, el ataúd presidía la procesión, tras la última vuelta desaparecieron las dos grandes torres del campanario del templo, la multitud marchaba al compás del doblar de las campanas. En el ascenso los acompañaba el silbido del viento entre los pinos. En el último trayecto del camino, el cuerpo de Gonzalo fue bañado una vez más con la luz naranja del ocaso.

Eran alrededor de las seis. Los únicos que se quedaron un poco más de lo habitual fueron don José y Mario. En silencio los dos veían cómo se apagaba el sol. Mario sacó entonces del estuche de su cámara una copia de la fotografía que hacía un mes le había tomado a Gonzalo. Se la dio a su amigo. Éste, observándola, le dijo: —hay eventos en la vida que son innombrables, que son tan majestuosos, tan misteriosos, tan hermosos, que una sola palabra no puede encerrar toda su riqueza y complejidad, son inabarcables... Sólo nos queda entonces experimentarlos en silencio, sentirlos, vivirlos y recordarlos para recomenzar cada día.

—Callarse y abandonarse...

—Esto estaba en la mesa donde encontramos el traje de Gonzalo —dijo José sacando de una bolsa de su abrigo un cuaderno mediano que, por su apariencia, no era nada nuevo—. Son las memorias de Gonzalo, las leí ayer. Tené, leelo que te agrada tanto como a mí. Ya sabrás entonces el pleno significado del rito de Gonzalo Vílchez, el atardecer del rito de su vida.

Ya la noche estaba en su completo dominio. Los dos iban bajando en silencio, uno quería recuperar el sueño, el otro devorar lo antes posible las páginas de ese manuscrito que llevaba entre las manos. Cuando llegaron a la casa, comieron frugalmente y, al cabo de poco, cada uno se fue a su cuarto.

Mario acercó a la cama una antigua lámpara que antes había servido a Consuelo en sus noches de estudio durante el colegio. Se recostó un poco y empezó a leer. En la primera página, cuidadosamente escrito con la tinta negra de una pluma Parker, decía: *Memorias de mi vida*. Mario sintió por segunda vez la impresión de estar en un terreno sagrado, mas ahora se sentía impulsado

a seguir por una fuerza que lo traspasaba y por una voz silenciosa que le susurraba: “adelante, anda, camina entre las páginas de la vida de Gonzalo Vílchez, que para vos ya no es un extraño”.

Y fue así como en esa larga noche el joven Mario se enteró de muchos asuntos. Supo entonces que Gonzalo había nacido en el treinta y uno, en Valderubio, Andalucía. Que su padre Manuel Vílchez fue maestro de escuela en ese mismo pueblo durante el día y, en las noches, actor apasionado de teatro. Que a su madre Rosario Dardón se le iban los días en las labores domésticas, pero en las noches al igual que su esposo encontraba en el escenario improvisado del teatro un espacio de libertad, de imaginación y de encuentro. Supo también de las imágenes que de niño tuvo Gonzalo cuando sus padres salían a la escena, especialmente de esa cuando apareció su padre personificando a una terrible *Luna* que dejó en el bosque un cuchillo, y su madre convertida en anciana mendiga descalza y con el rostro cubierto con paños verdeoscuros, que conversaba con su padre y le decía lo cansada que estaba y lo conveniente de no dejar pasar a los amantes más allá del arroyo...³

Más adelante Mario supo que los padres de Gonzalo murieron en la Guerra Civil que inició en el treinta y seis: en la noche del veintidós de julio de ese mismo año en la Plaza de San Marcos en Sevilla, cuando la barricada en la que estaban fue atacada por las tropas del golpe militar. Supo también que el día anterior la madre de Gonzalo lo había llevado con su tío Rafael Dardón, fraile dominico que estaba en el convento de la Orden, que se encontraba a tres cuadras de la plaza, por la calle del Buendía.

También supo que en el treinta y nueve, el tío de Gonzalo fue encomendado por la Orden para que fuera el prior en una casa de dominicos en Costa Rica. Él había obtenido la licencia para poder llevarlo consigo y poder criarlo como se debía y como había jurado a sus padres hacerlo. Habían salido del puerto de Sevilla la tarde del primero de abril. Lo que recordó Gonzalo de ese viaje fue lo que su tío les dijo a sus dos compañeros de la Orden que iban para Nicaragua en la noche de ese primer día cuando todos estaban pendientes de la radio: “Él dice que la guerra ha terminado, pero eso no nos va a devolver a nuestros muertos, eso no calma el dolor de la ausencia, el día de la victoria... ¡No!, jese todavía no ha llegado...!”⁴.

De las siguientes páginas del manuscrito, Mario supo cómo Gonzalo fue creciendo y de su preocupación siempre constante de valorar en cada instante de su vida aquello que él amaba y que le daba fuerzas. De lo que lo motivó años después a estudiar historia: una sed por comprender su pasado, el pasado de la humanidad a la que él pertenecía, buscar las raíces, en definitiva, mirar el pasado para entenderse y saber que estaba ahí por la intrincada relación de un pasado dinámico del que era producto pero también actor.

Mario leyó con emoción cómo, al terminar la guerra civil del cuarenta y ocho, Gonzalo ingresó a la Universidad de Costa Rica a estudiar historia. Supo que en los años cuando don Rafael Obregón Loría era el director de la escuela, el joven Gonzalo estaba sumergido en el mar profundo y tempestuoso de la historia: leyendo sobre el pasado precolombino, consultando los trabajos de

arqueología de Anastasio Alfaro y la viuda de Tinoco. Leyendo las páginas de los libros de historia de Costa Rica de Ricardo Fernández Guardia de temas tan apasionantes como el descubrimiento y la conquista, la historia de Talamanca, la época colonial y la independencia. Y de esas tardes interminables con los ojos y el pensamiento hundidos en las amarillentas páginas de la valiosa *Colección de documentos para la historia de Costa Rica* de León Fernández. Mario seguía absorto en la lectura, su mente ya reproducía esa imagen: Gonzalo en la Biblioteca Nacional con el montón de libros, unos de Cleto González Víquez acerca del sufragio, el poder ejecutivo y el régimen municipal. Otros de Monseñor Sanabria sobre Anselmo Llorente y Lafuente y Bernardo Augusto Thiel. Unos pocos de historia económica de Soley Güell y Ricardo Jinesta. Y de Carlos Monge –que fue su profesor de Historia y Geografía en el glorioso Liceo de Costa Rica– el ya clásico libro *Historia de Costa Rica*.

Gonzalo por las noches en la comunidad con los padres dominicos, estudiaba teología y filosofía. En las tertulias discutían de lo profundo y amplio del pensamiento de San Agustín, de las implicaciones del pecado original, del asunto radical del libre albedrío⁵, del mal como ausencia y nunca como una entidad con ser propio⁶. Hablaban del aspecto ético de la vida humana, de la propuesta del Estagirita sobre la ética y el origen de la virtud⁷ y de su maestro discutían la cuestión del mundo de las ideas y de la *doxa*⁸ y de la incapacidad de ver por sí mismas estas primeras. Otras noches se peleaban con el imperativo categórico⁹ de Kant y de su ética del deber por el deber¹⁰, retrocedían y retomaban luego las cinco vías de la existencia de Dios del doctor Angélico¹¹.

Mario se enteró de que fue el tío de Gonzalo quien lo motivó a cultivarse en la literatura, en la poesía, el cuento, la novela y el teatro; gracias a él conoció a sus compatriotas: Machado con sus amores Leonor, Castilla y el Mar; a García Lorca con su terrible luna y sus paredes manchadas de realidad abrupta, y a los más viejos: Cervantes, con su insuperable caballero y su amigo inseparable, esos dos andantes de un mundo desbaratado, de una realidad concreta y fantasmagórica a un tiempo. A Quevedo que con su pluma ardiente mordió duro a su gente, esa pluma enemiga de Góngora y del Conde-Duque de Olivares. Y a Bécquer y sus leyendas de almas de organistas tocando en Santa Inés, de ojos verdes que hechizaban en lo hondo de un bosque a quien los miraba. Y sus rimas sin igual de golondrinas que volverán, de la poesía que es mujer y de la muerte que llegará. Su tío le mostró el mundo mágico de Verne lleno de aventuras, de bestias y viajes inimaginables al centro de la Tierra, a la Luna, alrededor del mundo y en las profundidades del océano. También le enseñó la atmósfera misteriosa de los cuentos de Poe: ese cuervo que al lado de Palas decía: “*nunca más*”, y el gato que enterrado vivo delató un crimen, y la inteligencia deductiva de Augusto Dupin medio siglo antes que la del excéntrico hombre de Londres que tocaba el violín y se inyectaba cocaína¹². Su tío lo llevó hasta el destino fatal de Karenina, la rehabilitación de Jean Valjean y la humanidad del obispo de Digne¹³; cabalgó noches enteras con Ivanhoe, supo de las intrigas de Juan y del exilio de Ricardo Corazón de León.

En este mar de ficciones, de versos profundos de voces apasionadas y de reflexiones que intentan explicarse el mundo, Mario pudo escuchar la propia voz de Gonzalo en estas líneas:

Los clásicos, son tales porque tratan temas que nunca pasan de moda. ¿Acaso, no es siempre actual el sufrimiento, la esperanza, la vida, la muerte, el amor, el odio, la conversión, el sacrificio, la amistad, la pobreza, la injusticia, la soledad, la angustia...? ¡Todos ellos son parte de la vida humana! ¿Quién no lee con admiración la vida angustiada de Werther, el triste destino de José Blas y Juan Varela? ¿Qué alma no se conmueve al escuchar los gritos de Job que desde la miseria y el dolor mantiene firme su justicia? ¿Qué persona se atreverá a decir que El principito es una historia sólo para niños?, quien no ve la riqueza y profundidad de su mensaje: la responsabilidad, la amistad, el amor, lazos que dan sentido y valor a la existencia. ¿Quién no se estremece cuando “La peste” de Camus invade la ciudad de Orán y todos se ven forzados a detenerse y mirar al que está al lado?, quien no ve surgir el bien de la solidaridad de las mismas entrañas del mal de la peste en la que todos son iguales. ¿Qué persona no ha volado con las alas de Julián Marchena: entre el dolor, el tiempo, la belleza, el amor y su vuelo final que es tan sólo el inicio de algo nuevo? ¿Quién no se siente profundamente humano cuando lee los poemas de Jorge Debravo: con su crítica feroz por apretados trajes que aprisionan el espíritu, con su conciencia de ser testigo insobornable de la miseria, con su mensaje de una renovada hermandad? Todos estos libros son testimonio vivo de una época, son experiencia humana vertida en prosa y verso, y su valor consiste en que nos recuerdan los aspectos medulares de la existencia. Como bien dijo aquel hombre de Nazaret hace ya tantos siglos: “El que tenga oídos para oír que oiga...”, y ¿quién ha de querer ser sordo mientras la vida le pasa delante?

Diciembre de 1969

Fue en el año cincuenta cuando Gonzalo conoció a Helena. Ella trabajaba en las tardes como dependiente en la Librería López. Él conocía muy bien al dueño: don Gerardo López Varela que era muy buen amigo de su tío. Él la vio, quedó prendida desde entonces su hermosa imagen en su memoria, ella tan natural, sin esfuerzo alguno ya encantaba: su hermoso cabello lacio, su rostro tan juvenil, tan delicado, y su mirada de ojos grandes y negros que advirtieron a Gonzalo otra posibilidad, otro mundo que él hasta ese momento desconocía. El verano fue propicio y Gonzalo aprovechó cada ocasión para ir a la librería, y así de tarde en tarde fue conociendo a Helena, se enteró de su predilección por los gatos, las rosas, el azul y los poemas de la Mistral, de su miedo a las arañas y a las alturas, de su asco hacia la mentira y la vanidad.

Mario siguió leyendo emocionado con cada revelación. No se detenía ni un instante. Leyó con particular gozo una reflexión de Gonzalo sobre su pasión por los libros:

Leer un libro es un acto sagrado. Es un encuentro con el otro, con esa persona que escribe, ese escritor que siente la necesidad de contar algo. Bien visto, leer un texto de otra persona es en cierta medida entablar una conversación, el escritor físicamente está ausente, pero nos habla a través del texto, y eso es lo importante: habla, nos quiere decir algo y nosotros si lo leemos significa que queremos escucharlo, entonces ya se establece un vínculo.

La importancia de la palabra: el escritor existe para nosotros en el momento que lo escuchamos, y nosotros existimos para él en el instante en que acogemos silenciosamente su palabra, si no ¿para qué escribiría el autor si no tuviera la certeza de la existencia de un futuro lector? La palabra es un don maravilloso, un instrumento para construir relaciones, existe en función de una realidad innegable: no estamos solos y nuestra condición humana implica la necesidad de comunicarnos con nuestros semejantes. Y la palabra es además una herramienta creativa, con ella el ser humano ensancha los límites de su mundo, da nombre, sentido y valor a las cosas. Pues bien, leer es abrirse a otras posibilidades, a otros mundos, es tener la certeza de que algo nuevo vamos a encontrar, bueno o malo poco importa, pero siempre está la riqueza de lo nuevo, lo desconocido.

La importancia de leer: no para saber mucho, sino para comprender mejor, ¿y comprender qué?, pues los asuntos esenciales de nuestra vida: el porqué de la circunstancia actual, esa que nos ha tocado en suerte, de las cuestiones últimas que nunca pasan de moda: el sentido de la vida, de la muerte, del dolor, de la fuerza del amor y la esperanza. Y todo esto para conducirse mejor en el camino de la vida, ese camino que nos entrelaza con otras personas. Leer y compartir lo leído, ahí con los demás es donde adquiere sentido el ejercicio de la lectura: leer es importante en tanto nos permita cultivar, mantener y madurar las relaciones con las otras personas.

Sin embargo, nunca hay que preferir la lectura de un libro al encuentro con las demás personas. La riqueza de una tertulia de café, de un baile, de un viaje a las montañas con los amigos, de ir al cine, al teatro, en fin, es valiosísima. Todo esto es experiencia compartida, única e irrepetible. Todo esto enriquece más que el mejor de los libros. El libro siempre estará ahí. Hay que vivir primero, es esta experiencia la que nos ayudará a realizar nuevas y mejores lecturas, el texto íntegramente es el mismo, nosotros vamos cambiando en las aguas del río de la vida, y esto nos permitirá tener una nueva mirada para enfrentar los retos de cada día.

Julio de 1976

Mario supo entonces que de cierta manera él ya existía desde antes para Gonzalo, él ahora sin proponérselo: lector de sus memorias. Continuó leyendo con un sentimiento de complicidad que le daba confianza, que le permitía sin temor alguno seguir escudriñando las páginas de esa vida que ya no le era ajena. En adelante confirmó todo lo que antes don José le había confiado: lo del accidente, y la vida posterior de Gonzalo, de las tertulias, el fútbol, el jardín. Por fin llegó a esa página que desde el principio estuvo esperando, esa página que desnudaba sin temor el sentido de una vida, de un rito, de un amor auténtico:

La muerte de los que amamos nos disminuye un poco. Cuando Helena y Amanda se fueron, mis entrañas humanas no podían ocultar el peso de su ausencia. La muerte duele, y duele en lo más hondo, ahí donde ninguna mano humana puede llegar a prestar ayuda. Entonces para soportar tal ausencia hice un pacto con la vida, con ellas mismas: no iba a recordar la muerte, antes bien iba a renovar la promesa de la vida, la promesa de amor que les hice un día. Ellas nacieron un día siete. Por eso desde entonces, el día siete de cada mes subo al cementerio y recuerdo ese instante en que ellas abrieron sus ojos al mundo. Helena gusta de las flores, las rosas, llevarle una es decirle de nuevo: aquí estoy, tú existes para mí porque te amo. Y el poema para mi hija, que siempre espera unos versos amorosos de mi parte. Y todo esto en el atardecer, porque es el momento no de un día que muere, sino el instante mágico de La Promesa, de una voz que susurra en el viento: “un día más, mañana va a salir el sol de nuevo, ten esperanza, el tiempo de la oscuridad es el tiempo de la vigilia, de la reflexión. El alba llega pronto y hay que recomenzar”. Esto lo escucho adentro, lo experimento y lo vivo al tiempo que el sol se hunde, entonces con nuevas fuerzas me pongo vertical y siento el ascenso de la vida en todo mi cuerpo. Cuando la noche ya se instala regreso al pueblo, no con la tortura de un recuerdo, sino con la certeza de un amor vivo y eternizado. Éste es mi rito, así de simple y silencioso como las cuestiones que de verdad valen y dan sentido a la existencia.

Enero de 1986

Afuera, un gallo cantaba a deshora. Mario terminó de leer y cerró el manuscrito, apagó la lámpara, se quedó un buen rato pensando en las intrincadas vueltas de la existencia, de lo imprevisto de todo aquel asunto que para él apenas un mes atrás había comenzado. Al cabo de un rato lo venció el sueño. Al día siguiente, cuando ya se iba, agradeció de nuevo a don José su generosidad, le entregó el manuscrito y le dijo:

—De verdad, ahora sí que comprendo todo: era un rito de amor...

—Exacto, muchacho. El Amor que es lo único que nos sostiene y alimenta —dijo don José con la satisfacción y la certeza de estar diciendo una gran verdad, de esas pocas que persisten en el tiempo.

—Oiga, ya viene el bus subiendo la calle de los Valverde, no tarda en llegar —dijo Mario al tiempo que se acomodaba el bulto en la espalda—.

—Mándale mis saludos a tus padres, y diles que se vengan un fin de semana, bien que les hace falta unas vacaciones, y así los llevo a conocer el rancho del río Chucás.

—Está bien, don José —dijo Mario al instante en que el bus ya se detenía delante suyo—, ya verá que en el día que usted menos piensa estaremos mis papás y yo de nuevo por aquí.

Había pasado una semana desde que Mario se había ido. A *La Victoria* siempre llegaba *La República*. Ese día el repartidor llegó como siempre: a las seis en punto, cuando don José recién había abierto y estaba cambiando el agua y el alpiste de los monjitos y los gallitos que lo acompañaban en su labor.

—¿Cómo está don José? ¡Pura vida! Aquí están sus periódicos. Treinta ejemplares como siempre. ¿Cuándo me va a llevar a montar? Tengo unas ganas de hacerme de unos monjitos que canten tan bien como los suyos.

—Pues ya veremos, Carlos, ya veremos. Bien puede ser el próximo sábado en la mañana, eso sí, con buenas jaulas y mucho tiempo.

—Bueno, ahí entonces le aviso. Que tenga un buen día.

—Hasta entonces, Carlitos, y cuidate, no andés tan rápido en esa bicicleta que está tan destartada.

Don José se sentó tranquilamente en la mecedora detrás del mostrador. Cogió un periódico y empezó a leerlo. Cuando llegó a la página doce, vio en un recuadro una imagen que tenía impresa en su memoria: era la fotografía de Gonzalo subiendo la cuesta del cementerio. El título decía: *El atardecer* gana el primer lugar. Esa fue la única vez que la prensa dedicó unas cuantas líneas a Gonzalo Vílchez. Esa fue la única vez que su imagen se hizo popular por un día. Eso poco importaba a don José, porque él sabía que esas cuantas líneas y esa imagen no agotaban en absoluto la riqueza y hondura de la vida de su amigo, él sabía que la vida de un hombre despierto a lo esencial está hecha no de palabras o imágenes, sino de acciones vivas y concretas: un abrazo, un beso, una sonrisa, una lágrima.

Septiembre de 2008

Notas

- ¹ En su libro: *El principito: el sentido de la vida*.
- ² Talanquera: estructura rústica que se construye con diversos materiales con una altura entre 1.2m a 1.5m con el objetivo de que las hojas de tabaco puedan colgar adheridas a varillas, curándose éstas por la acción directa del sol.
- ³ Corresponde al acto III, cuadro I de la obra de teatro *Bodas de Sangre* de Federico García Lorca.
- ⁴ El 1º de abril de 1939 se produjo el último parte militar de la Guerra Civil Española. Este decía: “*Parte Oficial de guerra correspondiente al 1º de Abril de 1939, III Año Triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO*”. *Burgos, 1º de Abril de 1939. Año de la Victoria. EL GENERALÍSIMO: Franco.*”
- ⁵ Para San Agustín, el *libre albedrío* es la posibilidad de elegir voluntariamente el bien o el mal, opción que tiende siempre hacia el polo negativo. Como consecuencia del pecado original y por estar el hombre sujeto al dominio del cuerpo, es difícil que elija dejar de pecar. Por ello, sólo la *libertad*, entendida como una gracia divina que empuja al ser humano a hacer exclusivamente el bien (*posse non peccare*), puede redimirlo de su condición y hacerlo merecedor y capaz de buenas obras.
- ⁶ San Agustín en sus *Confesiones* afirma que “el mal no es sino la privación del bien”. Es decir, el mal no es una sustancia, sino una privación. Es privación de un bien debido. De esta manera el mal no es algo natural creado por Dios, porque todo lo que viene de Dios, según él, es bueno.
- ⁷ Para Aristóteles, la virtud humana no es una facultad, tampoco una pasión, sino más bien un hábito. La virtud no viene por naturaleza, no se hereda, sino que es producto de un aprendizaje, de una repetición constante.
- ⁸ Platón desarrolló la teoría de las ideas en la cual se manifiesta su dualismo ontológico. Él creía en la existencia de dos tipos de realidad o tipos de mundos: el mundo sensible y el mundo inteligible o mundo de las ideas. El mundo sensible consta de realidades particulares; en él se da la multiplicidad, el cambio, la generación y la destrucción; es el conjunto de cosas perceptibles por los sentidos, cosas materiales, temporales y espaciales. La Doxa (opinión) pertenece al mundo sensible por ser una imagen–representación de las ideas. Por su parte, el mundo inteligible consta de realidades universales, en él se da la unidad; es el mundo de las ideas. Las ideas no están sometidas a cambio, son eternas, invisibles, no materiales, atemporales y espaciales. Se conocen por la razón. Es la auténtica realidad.
- ⁹ Los imperativos categóricos son aquellos que mandan sin ninguna condición y obligan a todo ser racional. El imperativo exige cumplir la ley por puro respeto de la ley. Hay diversas formulas del imperativo categórico kantiano, 1: De universalidad: “*Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de legislación universal*”. 2: De autonomía “*Obra de tal modo que trates la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de los demás, siempre como un fin, y nunca exclusivamente como un medio*”.

- ¹⁰ Kant afirma que una ética que pretende ser universal y racional no puede ser material, ha de ser, por lo tanto, formal. Para él, la ética formal se limita a señalar cómo debemos obrar siempre, se trate de la acción concreta de que se trate. Un hombre actúa moralmente, según Kant, cuando actúa por deber. El deber es, según Kant, “la necesidad de una acción por respeto a la ley”, es decir, el sometimiento a una ley, no por la utilidad o la satisfacción que su cumplimiento pueda proporcionarnos, sino por respeto a la misma.
- ¹¹ Santo Tomás de Aquino formuló cinco vías, las cuales son argumentos a posteriori para demostrar la existencia de Dios. 1: la realidad del cambio y movimiento y la exigencia necesaria es la existencia de un primer motor. 2: de las causas eficientes y la existencia de una primera causa. 3: de la contingencia, es una realidad que hay seres que son contingentes, de donde se sigue que debe existir un ser necesario. 4: de los grados de perfección, es evidente que en el mundo hay distintos grados de perfección, debe también existir el ser que posea toda la perfección del cual manan las perfecciones de los demás seres. 5: de la finalidad, que todo lo que existe ha de dirigirse a un fin concreto, esto implica entonces un ser inteligente que haya pretendido esta finalidad.
- ¹² Del famoso detective inglés de finales del siglo XIX: Sherlock Holmes, inventado por Sir Arthur Conan Doyle.
- ¹³ Personajes de la novela *Los miserables* de Víctor Hugo. Argumento: Juan Valjean es un ex presidiario que pasó 19 años en la cárcel por robar para alimentar a su familia, sumida en la pobreza. Este hombre llega a Digne, ciudad que está bajo el cuidado pastoral de Monseñor Bienvenido Myriel, famoso por su amor a los pobres. Valjean había alimentado un feroz odio hacia la humanidad por la injusticia cometida contra él y pese a que el obispo le ofrece techo y comida, aquél le roba. El obispo lo perdona a cambio de que se rija por el bien. Valjean sigue su camino y hurta a un niño deshollinador, lo cual le hace ver su degradación y a partir de ese momento se jura ser un hombre íntegro.